

Prólogo

EDUARDO FONSECA PEDRERO

VICERRECTOR DE POLÍTICA CIENTÍFICA DE LA UNIVERSIDAD DE LA RIOJA

Considero un verdadero honor el encargo de prologar estas actas del congreso *Pala-dino: las lenguas romances y los dinosaurios*. Un congreso que reivindica, con rigor y valentía, la legitimidad científica de publicar en español, portugués, francés, italiano y rumano. Un congreso que demuestra que la paleontología y el español pueden maridar a la perfección, recordándonos que las huellas del pasado también pueden escribirse —y comprenderse— en román paladino.

Les adelanto que seré breve. Intentaré guiarme por el consejo que Alonso Quijano le ofreció al fiel Sancho: «Sé breve en tus razonamientos, que ninguno hay gustoso si es largo». Conozco bien, además, la modestia que exige todo prólogo pues no es más que aquello que se escribe después, se coloca antes y, posiblemente, no se lee ni antes ni después. Lo que sigue no pretende descubrir nada nuevo —pueden perfectamente saltarlo y pasar al texto—. Pero si, aun así, deciden recorrer este paraje, trataré únicamente de dejar asentadas, negro sobre blanco, algunas cuestiones esenciales que se desgranar de este congreso.

Hay quien afirma que la esperanza está en el saber. Y quizá tengan razón, pues la ciencia avanza a veces como un gran saurópodo: firme, paciente y con una memoria profunda del territorio que pisa. Otras veces, lo hace como un pequeño terópodo ágil, capaz de dejar marcas breves pero nítidas sobre un sedimento arcilloso justo antes de que el sol lo endurezca. En ambos casos, su paso queda registrado en forma de huellas: icnitas que, millones de años después, nos permiten reconstruir mundos extinguidos o desvelar comportamientos olvidados. Quizá la esperanza resida precisamente ahí: en saber leer esas marcas, en atrevernos a interpretarlas y, sobre todo, en reconocer que cada avance añade una pisada más al extenso corpus de conocimiento. El saber, luz en la incertidumbre; el saber, herramienta de progreso.

El conocimiento científico no existe sin lenguaje. Para que la ciencia avance son necesarias las lenguas. Y, entre ellas, el español adquiere hoy un valor particular, porque se ha convertido en uno de los principales bienes intangibles de nuestra comunidad, de nuestro país. No es solo un vehículo de comunicación, sino un recurso estratégico que articula saberes, conecta territorios y permite que millones de personas accedan al conocimiento. También las lenguas, al igual que los dinosaurios, dejan rastros: glosas, manuscritos, refranes y voces que sedimentan poco a poco hasta formar un estrato cultural. Las lenguas son, al fin y al cabo, las huellas que deja la humanidad cuando piensa. Sin lenguaje, sencillamente, no hay ciencia posible.

Y es justo aquí, en un rincón de La Rioja, en San Millán de la Cogolla, donde ambos mundos se tocan: allí donde las primeras palabras en romance quedaron anotadas al margen de un códice, muy cerca de donde hoy afloran las huellas de gigantes cretácicos. Un mismo territorio guarda, en estratos distintos, las marcas fósiles del pasado biológico y las improntas tempranas de nuestra lengua.

Digno de mención es que en La Rioja también se asienta Dialnet, el mayor espacio de información científica en español. Dialnet constituye un verdadero ecosistema de conocimiento que articula, preserva y conecta la producción científica en nuestra lengua común. El compromiso de Dialnet —Fundación pública de la Universidad de La Rioja— con la ciencia abierta hace posible que el saber llegue a todas las personas, recordándonos que la ciencia no es un territorio frío ni lejano, sino un espacio cálido y cercano. Ha mantenido —y mantiene— un firme compromiso con la divulgación y la comunicación científicas, fiel a su leitmotiv: el conocimiento solo transforma cuando se comparte. Con ello, se reafirma el valor de la ciencia como un bien común, cuya naturaleza exige que sea accesible, compartida y, ante todo, socialmente útil.

Así como las icnitas conservan la memoria de los dinosaurios, el español preserva la huella viva de nuestro pensamiento, y Dialnet la amplifica, reuniendo y proyectando ese legado científico para que siga avanzando. En cualquier caso, ya sean icnitas, códices o artículos científicos, late la misma vocación: cuidar y proyectar el patrimonio cultural y científico que identifica a nuestra región.

Y es precisamente por esa filosofía por lo que resulta tan necesario que esta magnífica recopilación de trabajos de investigación vea la luz en sus lenguas originales. No es casual. Es una declaración de principios en toda regla. Porque hacerlo no es un gesto meramente formal, sino una forma de fortalecer el acceso abierto al saber en algunas de las lenguas científicas más habladas del mundo; es contribuir a que el conocimiento generado en este congreso pueda ser consultado, citado y reutilizado por la inmensa comunidad de hablantes en lenguas romances. Reivindicar estas en la ciencia no es nostalgia; es defender la pluralidad de miradas con las que exploramos el pasado y afrontamos el futuro.

Sin duda alguna, la tarea futura que nos queda por delante es apasionante. Continuaremos dibujando horizontes de esperanza allí donde otros construyan muros, reconociendo que, si queremos que todo siga como está, es necesario que todo cambie.

Queda dicho.